

ENSAYO DE OPINIÓN

HACIA UNA ARQUEOLOGÍA DE LA GUERRA COMO SI LA PRÁCTICA IMPORTARA

Axel E. Nielsen*

Resumen

Contraponemos dos programas teóricos para el estudio arqueológico de la guerra. Uno de ellos, que predomina en la literatura actual, es el positivista que aspira a identificar las causas y consecuencias universales de la guerra bajo el supuesto de que obedece siempre a una misma racionalidad. Como alternativa, consideramos las posibilidades que ofrece una perspectiva que, privilegiando la práctica misma, tome en cuenta las diversas lógicas culturales que gobiernan la hostilidad organizada entre colectividades en distintas épocas y lugares.

Palabras clave

guerra - arqueología - materialismo cultural - teoría de la práctica - materialidad

Abstract

We compare two theoretical programs for the archaeological study of war. The Positivist program, the most visible one in the current literature, seeks to identify the universal causes and consequences of war on the assumption that it unfolds always according to the same rationality. As an alternative, we discuss a perspective that, putting emphasis on practice itself, takes into consideration the diverse cultural logics that govern organized hostility between collectives in different times and places.

Keywords

warfare - archaeology - cultural materialism - practice theory - materiality

* CONICET - INAPL. axelnielsen@gmail.com

*Recepción ensayo de opinión: Octubre 24, 2011 / Recepción comentario de Elizabeth Arkush: Diciembre 9, 2011
Recepción comentario de Williams: Mayo 2, 2012 / Recepción réplica Axel Nielsen: Agosto 14, 2012*

Desde comienzos de la década de 1990 se advierte un gran interés por el estudio de la guerra en la arqueología, principalmente en la anglosajona. Los numerosos estudios realizados en distintas partes del mundo bajo esta inquietud han llevado a reconocer que la violencia entre grupos fue más común en el pasado de lo que solía admitirse (Keely 1996) y también a otorgarle un papel significativo en los procesos de cambio. Este fenómeno se entronca en la tendencia más general de la arqueología a concebir al poder y al conflicto como aspectos centrales de la acción social, aunque para varios autores sus causas específicas se encontrarían en nuevas condiciones imperantes en el mundo, por ejemplo, en la vasta cobertura mediática de las guerras étnicas desatadas al concluir la Guerra Fría (Vankilde 2003).

Durante las últimas dos década también ha habido una creciente apertura de la disciplina a la teoría social, lo que ha llevado a buscar formas de tomar en consideración las lógicas culturales particulares, la agencia y la historia al abordar temas de interés secular para la arqueología, como el espacio, la identidad, la tecnología o la propia conceptualización de la sociedad. En vista de esta segunda tendencia, resulta llamativo que apenas se hayan explorado las implicancias de estas corrientes teóricas “post-positivistas” para la comprensión de la guerra en el pasado. Creo que esta relativa impermeabilidad se debe –al menos en parte– a la impresión de que algo con consecuencias tan devastadoras debe ajustarse a una lógica estrictamente utilitaria, como la que siempre prevaleció en los estudios de orientación procesual. A diferencia de otros comportamientos, la guerra es demasiado grave y riesgosa como para tolerar actos irracionales o representaciones falsas de la realidad como las que se asocian a la cultura o a la agencia individual; la gente sólo va a la guerra por causas “reales” (LeBlanc 2003:9) y se conduce en ella eficazmente o perece (Arkush 2009: 191).

Pienso que la dicotomía que presupone esta visión entre comportamientos “funcionalmente constreñidos” y otros aptos para la expresión de las irracionalidades propias de la cultura no es esclarecedora. Al igual que cualquier otra práctica social, la guerra sólo puede comprenderse con referencia a agente que se constituyen en la relación entre el *habitus* – como matriz socialmente constituida de la subjetividad– y órdenes causales independientes que gobiernan los fenómenos físicos, químicos, biológicos, cognitivos y sensoriales involucrados. Argumentaré esta posición contrastando dos programas alternativos para el estudio arqueológico de la guerra, uno positivista y predominante en la literatura reciente, el otro centrado en la práctica pero escasamente explorado en relación a este tema hasta el momento.

La arqueología de la guerra y el sentido común

Los estudios arqueológicos contemporáneos sobre la guerra pre-moderna tienden a adoptar supuestos de sentido común sobre el modo en que se conducían los conflictos armados en el pasado y su relación con el cambio social. Se supone que –dentro de ciertos parámetros socio-ambientales– la guerra es siempre esencialmente *lo mismo* y se desarrolla de acuerdo con una misma lógica utilitaria, se desencadena bajo las mismas condiciones y tiene

efectos análogos sobre los pueblos involucrados. Este modo de pensar lleva a la búsqueda de modelos universales para dar cuenta de las causas y las consecuencias de la guerra. Por lo general estos modelos contemplan sólo la salvedad de que la guerra puede variar de acuerdo a los tipos de sociedad, como sucede en la habitual distinción entre la práctica de la guerra entre tribus, jefaturas y estados, o entre sociedades descentralizadas y centralizadas (Carneiro 1970, 1981; Johnson y Earle 1987; Redmond 1994; Redmond y Spencer 2006).

Este punto de vista se traduce en un programa de dos pasos para el estudio arqueológico de la guerra (Reyna 1994a). El primero contempla la construcción de modelos, una tarea que típicamente se basa en datos etnográficos y comparaciones inter-culturales conjugados con argumentos utilitarios, funcionales y/o sociobiológicos. Estos elementos se combinan en proposiciones generales que buscan dar cuenta de la aparición de la guerra, diferencias en su frecuencia e intensidad, o en sus consecuencias en diferentes épocas y lugares. En una segunda etapa, se busca contrastar estas generalizaciones a través de casos prehistóricos. Esto es importante, ya que la arqueología permite acceder a la mayor diversidad de condiciones y formas organizacionales, incluyendo situaciones que sólo existieron con anterioridad a la expansión de los estados occidentales y a las formas de conflicto por ellos generadas (Ferguson y Whitehead 1992).

Este programa positivista ha resultado difícil de aplicar, ya que la guerra –¿o será la acción social en general?– parece resistirse a generalizaciones simples. Los estudiosos de la misma han propuesto múltiples factores como posibles responsables de la violencia entre grupos (Arkush 2008; Thorpe 2003), desde disposiciones –quizás específicamente masculinas– arraigadas en la historia evolutiva de nuestra especie (Chagnon 1988; Knauff 1991; Maschner y Reedy-Maschner 1998) hasta formas de organización social que tenderían a reproducir los conflictos (Divalle et al. 1976; Kelly 2000; Reyna 1994b). Las explicaciones más aceptadas por los arqueólogos que se ocupan del tema, sin embargo, han sido las llamadas “materialistas” (Ferguson 1990). En una de sus versiones, el conflicto se entiende como una solución a desequilibrios entre población y recursos generados por crisis ambientales o crecimiento demográfico; en otra, se lo explica a partir de la búsqueda de beneficios económicos o políticos en forma de tierras, animales, mano de obra, esposas, bienes de intercambio, tributo, poder o prestigio (p. ej., Chagnon 1988; Ferguson 1990; Haas 2001; LeBlanc 2003; Meggitt 1977). A veces varios de estos factores se combinan en modelos complejos y multivariados (Otterbein 1994, capítulo 13) cuyo valor predictivo, sin embargo, resulta difícil de juzgar dada la ausencia de una clara jerarquía causal.

Las consecuencias de la guerra parecen ser igualmente reacias a la predicción, contemplándose la posibilidad de que tenga efectos completamente opuestos, p.ej., dispersión o concentración demográfica, intensificación económica, sub-utilización de recursos o agotamiento de los mismos, integración y complejidad organizacional o fragmentación política y estancamiento evolutivo (Carneiro 1970; Cohen 1984; Earle 1997; Haas 1990). Aunque algunos autores han hablado de una convergencia teórica en este campo temático, la realidad es

que, como observa Otterbein (1999: 800), de las numerosas hipótesis que se han propuesto respecto a las causas o consecuencias de la guerra, pocas han sido rechazadas o siquiera han abandonado la literatura.

La contrastación arqueológica de estas ideas ha sido igualmente inconcluyente. Más allá de las nociones de que la violencia ha estado presente desde nuestro pasado más remoto y de que probablemente aumentó con el sedentarismo y la producción de alimentos, hay poco acuerdo respecto a temas básicos, como cuán frecuentes fueron los conflictos armados en tiempos pre-coloniales, para no mencionar su gravitación en los cambios políticos o económicos (Ferguson 1997; Guilaine y Zammit 2005; Haas 2001; Keeley 1996; Thorpe 2003; Wright 1986). Hasta cierto punto, esto refleja diferencias sobre temas aún más básicos, como cuáles son las evidencias arqueológicas apropiadas para inferir la existencia de guerras o, más aún, de los diversos fenómenos comunmente relacionados a ellas (inseguridad, traspaso de recursos, alianzas, reordenamientos territoriales), o cómo comparar la frecuencia o la intensidad relativa de las hostilidades en base a restos materiales exclusivamente (Arkush y Stanish 2005; LeBlanc 1999; Martin y Frayer 1997; Topic y Topic 1987; Walker 2002; Wilcox y Haas 1994).

Una característica habitual de la mayoría de los estudios desarrollados de acuerdo a este programa es la omisión o subvaloración de la cultura y la agencia de las personas involucradas en la interpretación de la guerra. A nuestro juicio éste es el problema que subyace a muchas de las dificultades que encuentran quienes buscan una teoría universal de este fenómeno y la aplicación de sus generalizaciones a casos prehistóricos. Por cierto, la existencia de motivaciones subjetivas para luchar (venganza, temor a la brujería, la voluntad de satisfacer la sed de sangre de los dioses, etc.) es regularmente mencionada (p.ej., como "causas eficientes" de la hostilidad [Otterbein 1994]), pero en definitiva se las trata como poco más que percepciones distorsionadas de las condiciones económicas, donde residirían las "verdaderas" causas de los conflictos (Ferguson 1990; Keeley 1996; LeBlanc 2003). Como lo manifiesta LeBlanc (2003: 9), "*people had to fight for real reasons*" (mi énfasis), una afirmación que conlleva la conclusión –curiosa para un antropólogo– de que las nociones de prestigio y venganza, y en última instancia, los valores, sensibilidades y disposiciones que forman el corazón de una cultura, comoquiera que se la conciba, son *irreales*. A decir verdad, a veces se presta homenaje retórico a la agencia, por ejemplo, cuando se reconoce explícitamente la gravitación que tienen las decisiones de los dirigentes políticos, los guerreros y otros protagonistas del conflicto. La lógica de estos "actores," sin embargo, es un calco del sentido común del investigador y su propia comprensión de lo que considera "condiciones objetivas" y respuestas funcionalmente apropiadas a las mismas.

También la religión y otras prácticas culturales, creencias e instituciones que se encuentran siempre implicadas en el ejercicio de la guerra son tratadas como epifenómenos (Ferguson 1990: 46; LeBlanc 1999: 14), probablemente porque parecen otorgar pocas ventajas objetivas a las partes en lucha. Estos factores sólo parecen cobrar relevancia en relación a

la pregunta sobre si los pueblos pre-modernos tenían “verdaderas guerras.” De acuerdo a ciertos autores (e.g., Turney-High 1949), estas curiosidades culturales tornan poco eficiente a la beligerancia “primitiva” –a diferencia de la guerra moderna, presuntamente más pragmática– mientras que otros piensan que no afectan la naturaleza letal y la lógica esencial de la guerra dondequiera que ocurra (Keeley 1996). Algunos autores reconocen la posibilidad de una aproximación “cultural” a la guerra, pero la realidad es que esta perspectiva termina siendo excluida de la mayoría de los estudios sobre el tema (p. ej., Reyna 1994a, nota 1). Esto no es sorprendente, dado que la cultura es típicamente concebida en términos idealistas, como un “sistema simbólico de creencias” (Ferguson 2001: 104) desvinculado de su contexto histórico y de sus raíces en la práctica misma, dejando lugar sólo a argumentos culturalistas tautológicos y sin poder explicativo del tipo “people will fight for whatever culture tells them to” (Ferguson 2000: 162).

Mirar la guerra desde la práctica

Una de las metas compartidas por diversas corrientes de la teoría social a partir de la década de 1970 es la de superar dicotomías conceptuales cuya reificación ha obstaculizado persistentemente la comprensión de los procesos sociales en la tradición intelectual de Occidente (materia-espíritu, naturaleza-cultura, sincronía-diacronía, etc.). Con este fin, las ciencias sociales han desplazado su atención de las estructuras (concebidas en sentido funcionalista, marxista o estructuralista) a la propia práctica y la agencia que ésta implica, como sitios de reproducción de las matrices de poder y significado que abstraemos bajo las categorías de sociedad y cultura (Bourdieu 1977; Giddens 1984; Sahlins 1981). Sin perder de vista las condiciones materiales y las regularidades manifiestas en el espacio, el tiempo y las colectividades, estos enfoques buscan tomar efectivamente en consideración las disposiciones culturales (*habitus*), las causas próximas y la intencionalidad en el análisis de los procesos sociales. Al poner énfasis en lo que la gente realmente hace y en lo que piensa y siente al respecto, un foco estratégico en la práctica puede restaurar el peso que los enfoques positivistas le han quitado a estos factores en el estudio arqueológico de la guerra.

Las teorías de la práctica y la agencia han sido ampliamente discutidas durante las últimas décadas, tanto en la arqueología como en disciplinas cercanas, por lo que no pretendo aquí desarrollarlas, sino sólo subrayar algunas formas en que éstas propuestas definen una perspectiva para el estudio arqueológico de la guerra que sortea algunos de los obstáculos que encuentra el programa positivista. Puesto que estas dificultades derivan en cierta forma de la adhesión a aquellas dicotomías que el concepto de práctica busca resolver, organizo mi argumentación en base a estas oposiciones, de acuerdo al siguiente orden: subjetivismo vs. objetivismo; idealismo vs. materialismo; cultura vs. razón práctica e intención individual vs. determinación estructural.

Los estudios interculturales de Ember y Ember (1992, 1994) han sido frecuentemente citados como una fuerte demostración de la importancia de los factores ambientales en la

explicación de la guerra (Keeley 1996; Lekson 2002; Otterbein 1994:197). Basándose en datos tomados de los *Human Relations Area Files*, estos autores realizaron un análisis de correlación entre la frecuencia de los conflictos armados y múltiples variables potencialmente explicativas a través de una amplia muestra de casos etnográficos. Contra lo que sostienen las explicaciones más simples del determinismo ambiental (p. ej., LeBlanc 2003), lo que descubrieron es que la frecuencia de la guerra se correlaciona principalmente con la imprevisibilidad de los recursos debido a desastres naturales (p.ej., ocasionados por pestes o fluctuaciones climáticas), más que con el estrés ambiental crónico o regularmente recurrente. Este hallazgo sustentó la noción de que la principal causa de la guerra es la *amenaza* de falta de recursos. La segunda correlación significativa fue con la "socialización en la desconfianza" –la transmisión institucionalizada del temor– una variable que los autores tienden a considerar como consecuencia antes que causa de la guerra. Aunque estos resultados fueron traducidos en una explicación "ecológica" y otra "psicológica" de la guerra (Ember y Ember 1992), la ausencia de correlación entre conflictos y escasez efectiva de recursos llevó a los autores a concluir sin ambigüedades que *el temor* era la verdadera causa subyacente a ambos predictores de la guerra: "fear of nature and fear of others" (Ember y Ember 1992: 258; 1994: 194).

Lo que estos resultados muestran es que las causas de la guerra no pueden buscarse en condiciones objetivas ni subjetivas exclusivamente, sino que yacen en la *relación* entre ambas. La explicación reside en los modos en que ciertas condiciones objetivas (p.ej., fluctuaciones ambientales, conflictos previos) son entendidas en el seno de colectividades específicas (p.ej., como temor o como actos de brujería) y a los ojos de ciertos individuos dentro de ellas (p.ej., gobernantes, guerreros, mujeres, padres, jóvenes). Indudablemente estas percepciones –o los modos en que se transmiten durante el proceso de socialización– no pueden ser comprendidas sin referencia a marcos interpretativos específicos respecto a cómo se conducen las fuerzas de la naturaleza y la otra gente, al significado de la violencia, a las formas existentes de apropiación de recursos, a nociones de lugar y de paisaje o a memorias compartidas de la interacción pretérita, por mencionar sólo algunos factores culturales que gobiernan la práctica de las personas. Ignorarlos sería tan arbitrario como pretender que estas disposiciones carecen de toda relación con las condiciones ambientales o políticas –como supuestamente harían las explicaciones culturalistas– aspectos de la realidad que podemos entender como "objetivos" en tanto responden a variables que son independientes de los sujetos o de los procesos sociales que constituyen las subjetividades ambiental o política,

Un énfasis en la práctica evita también reificar categorías analíticas tales como infraestructura-superestructura o economía-política-ideología, características de las llamadas explicaciones "materialistas" de la guerra que actualmente hegemonizan la investigación arqueológica. Según Ferguson (1990, 2001) –uno de los más conspicuos defensores de este enfoque– la mejor forma de explicar la guerra es a través de una jerarquía inclusiva de fac-

tores restrictivos que confiere prioridad causal a la infraestructura (demografía, tecnología, organización del trabajo y medio ambiente), luego a la estructura (parentesco, economía, política) y que sólo al final toma en consideración la incidencia de variables superestructurales (ideología). Para este autor “wars occur when those who make the decision to fight estimate that it is in their material interests to do so” (1990: 30), entendiendo que los “intereses materiales” pueden ser: acceso a recursos fijos o móviles, el trabajo de otra gente, poder dentro de sus propias comunidades o la prevención de ataques por parte de otros grupos. Ferguson es consciente de que la distinción entre los diferentes niveles de su jerarquía causal es problemática, puesto que reconoce que la superestructura define cómo deberá conducirse la guerra y cómo se constituyen los propios intereses, pero curiosamente desecha esta idea desde el comienzo:

[...] superstructural patterns shape the way individuals perceive and act on conditions related to war. Calculations of material loss and gain necessarily must consider relevant properties of the existing social universe, and that includes the values and rules by which individuals are expected to live [...] But independent of infrastructural and structural patterns conducive to war, superstructural elements have a very limited effect (Ferguson 1990: 31).

Por cierto, no pretendo argumentar que la ideología tiene preeminencia causal sobre la tecnología, o sostener que las “ideas”, sin compromiso alguno de consideraciones materiales, pueden arrastrar las personas a la violencia organizada. En su lugar quiero cuestionar la relevancia misma de estas categorías para pensar sobre el tema y, especialmente, rechazar el falso dilema de elegir entre interpretaciones idealistas y materialistas de la guerra o de cualquier otra práctica. El escenario teórico de una “independence of infra- and super-structural patterns” planteado por este autor, es una especulación que, lejos de aportar claridad analítica, sólo oscurece el modo en que las personas experimentamos el mundo y actuamos sobre él en cualquier situación, violenta o no.

De hecho, aunque habitual en las ciencias sociales (p.ej., materialismo histórico, materialismo cultural, materialismo vulgar), el uso del término “materialista” para designar estas explicaciones –y la contraposición con lo mental, ideal o simbólico que implica– es equívoco en este contexto, particularmente en el marco de una disciplina cuya fuente para el abordaje de los fenómenos sociales es, precisamente, la cultura material. Toda práctica es acción reflexiva en un mundo que posee realidad física. No existe cosa tal como una tecnología o una relación con el ambiente desprovista de ideas y marcos de sentido (cosmologías, clasificaciones de seres o cosas que habitan el mundo, valoraciones asociadas), ni una religión o arte sin materialidad y acción corporal, incluyendo la producción y consumo de recursos y una determinada organización del trabajo. Resulta claro, entonces, que lo que está en discusión no es la gravitación relativa del mundo físico en la constitución del mundo social (materialidad sensu Miller 2005 cf. Ingold 2007) –como las discusiones sobre la importancia de “factores

no-materiales” en la explicación de la guerra llevarían a pensar– sino hasta qué punto la forma en que ejercieron la violencia otros pueblos puede ser adecuadamente explicada desde el sentido común, desde la lógica práctica (Sahlins 1976) que define a la modernidad. Por este motivo, convendría denominar a este tipo de modelos “utilitaristas”, poniendo así en claro la lógica explicativa que proponen y sus antecedentes en la tradición funcionalista de nuestra disciplina y en sus propias herramientas conceptuales, por ejemplo, en la dicotomía estilo-función, donde el estilo termina abarcando todo lo residual, inútil, irracional, en última instancia, lo inexplicable de la alteridad.

Una mirada desde la práctica no empieza dividiendo los sistemas o “totalidades” sociales en subsistemas o dominios artificiales a fin de explicar unos con referencia a los otros, por ejemplo, la superestructura a partir de la base o la ideología como resultado de la estructura social. En lugar de ello, busca entender los patrones que denominamos “sistema,” “estructura,” o “cultura” con referencia a la práctica misma, a lo que la gente hace (Ortner 1984: 148). Un foco estratégico en este flujo continuo de actos, ideas y materiales, en los actores (humanos o no) y colectividades que este flujo vincula (Latour 2005), en las redes significantes particulares que entrama y en las contingencias que experimentan a lo largo del tiempo, plantea un conjunto de preguntas diferentes, expandiendo los estudios arqueológicos sobre la guerra hacia dominios que han sido fundamentalmente ignorados por el programa positivista, revalorizando aspectos de la evidencia material que fueron desestimados *a priori* como irrelevantes (irracionales, rituales, simbólicos, etc.) por la aplicación de la zaranda conceptual utilitarista.

En este sentido, una estrategia de investigación centrada en la práctica también puede contribuir a llevar los métodos arqueológicos para el estudio de la guerra más allá de la aplicación mecánica de listas de rasgos diagnósticos. El punto de partida lo dan los propios conflictos armados: ¿cómo los realizan y entienden grupos específicos? Podríamos definir a la guerra como agresión organizada entre unidades políticamente autónomas (Thorpe 2003: 146), distinguiéndola así de otras formas de violencia como las *vendettas*, el sacrificio humano, la violencia doméstica o el crimen. Definiciones como esta son necesarias para delimitar actividades, artefactos y escenarios de actividad con fines de análisis, pero no deberíamos reificarlas, aislando la hostilidad inter-grupal de otras prácticas, instituciones y creencias que se le vinculan, de modo contingente pero inseparable, para formar campos de acción con dinámicas particulares. De hecho, estas relaciones con actividades, personas, lugares, objetos o conceptos aparentemente inconexos, son cruciales para aproximarnos a matrices de sentido/poder –o “ideologías semióticas” (Keane 2003)– diferentes a la nuestra que rigieron los conflictos armados entre otros pueblos.

Metodológicamente, entonces, las teorías de la práctica requieren entender el papel del conflicto en campos de acción históricamente constituidos. Sólo una aproximación de este tipo puede establecer cuál es la evidencia arqueológica relevante para establecer la existencia de guerras en el pasado o, más exactamente, para estudiar sus diversas facetas,

p.ej., el grado de violencia efectiva y sus patrones de ocurrencia, las acciones preventivas relacionadas a la inseguridad o el temor, actos propiciatorios que pueden haber incidido de acuerdo a una lógica que se nos escapa, etc. Este modo de abordar el tema puede explicar porqué en algunos casos ciertos indicadores “clásicos” de la guerra se encuentran conspicuamente ausentes. Podría demostrar que ciertas evidencias habitualmente atribuidas a la guerra fueron el resultado de otras prácticas no necesariamente relacionadas, como lo ha argumentado Walker (2002) en relación al incendio de estructuras entre los Anasazi del SO de EEUU. También arrojaría luz sobre el papel desempeñado por otras prácticas concomitantes, que aparentemente carecen de toda utilidad en combate (p.ej., Kolb y Dixon 2002; Nielsen 2007; Topic y Topic 1997).

Un utilitarista objetaría quizás que la reconstrucción de estas “otras lógicas” no pasa de ser un ejercicio meramente descriptivo. Desde la perspectiva que venimos considerando, en cambio, tanto la agencia como las estructuras en su carácter “dual” –como condición y resultado de la práctica (Giddens 1984)– son aspectos cruciales de la explicación. En la medida en que la intencionalidad es un componente central de la agencia, entonces, saber lo que las personas “creían estar haciendo” resulta fundamental para entender porqué lo hacían y, por ende, los procesos sociales que se desarrollaron a partir de estos actos, cualquiera haya sido su relación con las intenciones originales de los involucrados. Por cierto, Ferguson presenta su modelo sintético de la guerra como un intento por tomar en cuenta la agencia, pero sus líderes (*decision makers*) son sólo solucionadores racionales de problemas o maximizadores de posibilidades infraestructurales en la prosecución de sus intereses, como lo deja claro su caracterización de la “premisa de motivación” (1990: 29).¹

Poner en juego la agencia y la intencionalidad como variables explicativas de la guerra, sin embargo, requiere –nuevamente– indagar los modos particulares en que los intereses y las percepciones del conflicto se constituyen en cada caso. Volviendo a la lista de intereses materiales perseguidos por los artífices de la guerra de acuerdo al modelo utilitarista, algunos de ellos resultan evidentes (p.ej., tierras, tributo o mano de obra), pero otros son difíciles de definir sin referencia a contextos o sistemas de valores y representación específicos (p.ej., bienes “valiosos,” prestigio o seguridad). ¿Qué papel juega la violencia en la construcción del prestigio o en el sentido del propio valor en sociedades particulares (p.ej., Harrison 1989)? ¿Cómo determinar si una persona mejorará su posición social participando en combate, o luchando sólo de ciertas maneras, o evitando por completo el enfrentamiento, sin considerar los valores y disposiciones culturales relativas a la violencia y la paz o los códigos de conducta en combate? Quienes toman decisiones o protagonizan la guerra (dirigentes políticos, guerreros, gente que los apoya) ¿cómo nutren su identidad, sus aspiraciones, sus proyectos de vida? ¿Cómo experimentan su condición, sus problemas (escasez, amenaza) y sus

¹ En honor a la verdad hay que destacar que los detallados estudios de Ferguson sobre la guerra Yanomami (1995) son muy sensitivos a las complejidades históricas y toman mucho más seriamente las sutilezas de la práctica de lo que prescribe su propio “modelo materialista sintético”.

posibilidades? ¿Cómo ponderan cursos alternativos de acción, p.ej., pelear, huir, rendirse, labrar nuevas alianzas, negociar la paz? ¿Podría alguien comprender las guerras actuales o contribuir a la paz mundial –como declara de vez en cuando la literatura sobre antropología de la guerra– sin tomar seriamente en cuenta cómo se desarrollaron los proyectos (incluidas las ambiciones económicas o políticas) y las percepciones colectivas (por ejemplo, la amenaza del terrorismo, del autoritarismo) o cómo actores específicos en todos los bandos (presidentes, soldados o civiles, sus familiares, “la opinión pública”) interpretan (a menudo religiosamente) cuáles son sus intereses y cómo podría afectarlos el uso de la violencia?

Claro que las lógicas y sistemas de valores que ponen en juego las personas son importantes para entender cómo actúan, pero no son suficientes para dar cuenta del curso de los acontecimientos y los procesos sociales resultantes. Es aquí donde el concepto de estructuración (Giddens 1984), de una relación dialéctica entre prácticas y estructuras de sentido/poder, entre el ejercicio de la guerra y las creencias, valores y disposiciones de quienes se ven afectados por la violencia, cobra un rol decisivo en la explicación. Como señalan Arkush y Allen “warfare actually operates continually as both cause and effect of social transformations” (2006: 14).² Desde luego, estos procesos no responden a una ley universal de desarrollo (como las que buscaría el evolucionismo cultural), sino a trayectorias contingentes, donde la negociación, las ramificaciones del conflicto, el compromiso de fuerzas no anticipadas y la propia complejidad de las relaciones entre tantos fenómenos de muy diverso orden, tornan imposible la predicción más allá de lo trivial. La explicación así entendida, entonces, da prioridad a las causas próximas sobre las últimas, rastrea la genealogía de las propias prácticas (Pauketat 2001) *historiando* cómo los actos, los materiales (objetos, lugares, cuerpos), las personas y sus disposiciones culturales fueron dándose forma mutuamente bajo condiciones socio-ambientales cambiantes (Nielsen 2007).

A lo largo de estas páginas he argumentado en favor de un programa para el estudio arqueológico de la guerra que tome en consideración los contextos, actores, valores y significados puestos en juego en su práctica. Un enfoque de este tipo no necesita limitarse a la pura descripción, abstenerse de generalizar o prescindir modelos de alcance inter-cultural. Lo que busca es tomar a la práctica misma –acción reflexiva en el mundo concreto– con todas sus especificidades, como el árbitro de nuestras teorías. Tengo la impresión de que algunos de los modelos sobre las “causas y consecuencias de la guerra” que gozan de mayor popularidad en la arqueología han alcanzado su estatus de universalidad a costa de sacrificar *a priori* detalles fundamentales de la práctica y de la evidencia arqueológica (Thorpe 2003). En esta coyuntura, un énfasis táctico en las particularidades parece necesario.

² Curiosamente, en lugar de aludir a esta relación en términos de dialéctica, estructuración u otros conceptos análogos acuñados por la teoría social, los autores apelan a una metáfora biológica, caracterizándola como “coevolución”.

Bibliografía

Arkush, E.

2008 War, chronology, and causality in the Titicaca Basin. *Latin American Antiquity* 19: 339-373.

2009 Warfare, space, and identity in the South-Central Andes: Constraints and choices. En *Warfare in Cultural Context: Practice, Agency and the Archaeology of Violence*, editado por A. Nielsen y W. Walker, pp. 190-217. University of Arizona Press, Tucson.

Arkush, E. y M. Allen

2006 Introduction: Archaeology and the study of war. En *The Archaeology of Warfare: Prehistories of Raiding and Conquest*, editado por E. Arkush y M. Allen, pp. 1-19. University Press of Florida, Gainesville.

Arkush, E. y C. Stanish

2005 Interpreting conflict in the ancient Andes. *Current Anthropology* 46: 3-28.

Bourdieu, P.

1977 *Outline of a theory of practice*. Cambridge University Press, Cambridge.

Carneiro, R. L.

1970 A Theory of the Origin of the State. *Science* 169: 733-738.

1981 The chiefdom: precursor of the state. En *The transition to statehood in the New World*, editado por G. D. Jones y R. R. Kautz, pp. 37-79. Cambridge University Press, Cambridge.

Chagnon, N.

1988 Life histories, blood revenge, and warfare in a tribal population. *Science* 239: 985-992.

Cohen, R.

1984 Warfare and state formation: wars make states and states make war. En *Warfare, culture, and environment*, editado por B. Ferguson, pp. 329-358. Academic Press, Orlando.

Divale, W., F. Chameris y D. Gangloff

1976 War, peace and marital residence in pre-industrial societies. *Journal of Conflict Resolution* 20: 57-78.

Earle, T. K.

1997 *How chiefs come to power*. Stanford University Press, Stanford.

Ember, C. R. y M. Ember

1992 Resource unpredictability, mistrust, and war. *Journal of Conflict Resolution* 36: 242-262.

1994 Cross-cultural studies of war and peace: recent achievements and future possibilities. En *Studying War: Anthropological perspectives*, editado por S. P. Reyna y R. E. Downs, pp. 185-208. Gordon and Breach, Amsterdam.

Ferguson, R. B.

1990 Explaining war. En *The anthropology of war*, editado por J. Haas, pp. 26-55. Cambridge University Press, Cambridge.

1995 *Yanomami warfare: A political history*. School of American Research Press, Santa Fe.

1997 Violence and war in prehistory. En *Troubled times: Violence and warfare in the past*, editado por D. L. Martin y D. W. Frayer, pp. 321-355. Gordon and Breach, Amsterdam.

2000 The causes and origins of "primitive warfare." *Anthropological Quarterly* 73(3): 159-164.

2001 Materialist, cultural and biological theories on why Yanomami make war. *Anthropological Theory* 1: 99-116.

Ferguson, B. y N. Whitehead (eds.)

1992 *War in the Tribal Zone: Expanding States and Indigenous Warfare*. School of American Research, Santa Fe.

Giddens, A.

1984 *The Constitution of Society: Outline of a Theory of Structuration*. University of California Press, Berkeley.

Guilaine, J. y J. Zammit

2005 *The Origins of War: Violence in Prehistory*. Blackwell, Oxford.

Haas, J.

1990 Warfare and the evolution of tribal polities in the prehistoric Southwest. En *The Anthropology of War*, editado por J. Haas, pp. 171-189. Cambridge University Press, Cambridge.

2001 Warfare and the evolution of culture. En *Archaeology at the Millennium: A Sourcebook*, editado por G. Feinman y T. D. Price, pp. 329-350. Kluwer/Plenum, New York.

Harrison, S.

1989 The symbolic construction of aggression and war in a Sepik River society. *Man* (N.S.) 24: 583-599.

Ingold, T.

2007 Materials against materiality. *Archaeological Dialogues* 14(1): 1-38.

Johnson, A. y T. Earle

1987 *The Evolution of Human Societies*. Stanford, Stanford University Press.

- Keane, W.
2003 Semiotics and the social analysis of material things. *Language and Communication* 23: 409-425.
- Keeley, L. H.
1996 *War Before Civilization*. Oxford University Press, New York.
- Kelly, R.
2000 *Warless Societies and the Origins of War*. University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Knauft, B.
1991 Violence and sociality in human evolution. *Current Anthropology* 32: 391-428.
- Latour, B.
2005 *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford University Press, Oxford.
- LeBlanc, S. A.
1999 *Prehistoric warfare in the American Southwest*. University of Utah Press, Salt Lake City.
2003 *Constant Battles: Why We Fight*. St. Martin's Griffin, New York.
- Lekson, S.
2002 War in the Southwest, war in the world. *American Antiquity* 67: 607-624.
- Martin, D. L. y D. W. Frayer (eds.)
1997 *Troubled Times: Violence and Warfare in the Past*. Gordon and Breach, Amsterdam.
- Maschner H. y K. Reedy-Maschner
1998 Raid, retreat, defend (repeat): The archaeology and ethnohistory of warfare in the North Pacific Rim. *Journal of Anthropological Archeology* 17: 19-51.
- Meggitt, M.
1977 *Blood is their argument: Warfare among the MaeEnga Tribesmen of New Guinea Highlands*. Mayfield Pub. Co., Palo Alto, CA.
- Miller, D.
2005 *Materiality*. Duke University Press, Durham.
- Nielsen, A. E.
2007 Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el Sur Andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12(1): 9-41.

Ortner, S.

1984 Theory in anthropology since the sixties. *Society for Comparative Study of Society and History* 26: 126-166.

Otterbein, K. F.

1994 *Feuding and warfare: Selected works of Keith F. Otterbein*. Gordon and Breach, Langhorne.

1999 A history of research on warfare in anthropology. *American Anthropologist* 101: 794-805.

Pauketat, T.

2001 Practice and history in archaeology: An emerging paradigm. *Anthropological Theory* 1: 73-98.

Redmond, E. M.

1994 *Tribal and Chieftly Warfare in South America*. Memoirs of the Museum of Anthropology 28. Ann Arbor, University of Michigan.

Redmond, E. y Ch. Spencer

2006 From raiding to conquest: Warfare strategies and early state development in Oaxaca, Mexico. En *The Archaeology of Warfare: Prehistories of Raiding and Conquest*, editado por E. Arkush y M. Allen, pp. 336-393. University Press of Florida, Gainesville.

Reyna, S. P.

1994a Preface: Studying war, an unfinished project of the Enlightenment. En *Studying War: Anthropological Perspectives*, editado por S. P. Reyna y R. E. Downs, pp. 29-65. Gordon and Breach, Amsterdam.

1994b A mode of domination approach to organized violence. En *Studying War: Anthropological Perspectives*, editado por S. P. Reyna y R. E. Downs, pp. 29-65. Gordon and Breach, Amsterdam.

Robb, J.

1997 Violence and gender in early Italy. En *Troubled Times: Violence and Warfare in the Past*, editado por D. L. Martin y D. W. Frayer, pp. 111-144. Gordon and Breach, Amsterdam.

Sahlins, M.

1976 *Culture and Practical Reason*. University of Chicago Press, Chicago.

1981 *Historical Metaphors and Mythical Realities: Structure in the Early History of the Sandwich Islands Kingdom*. University of Michigan Press, Ann Arbor.

Thorpe, N.

2003 Anthropology, archaeology, and the origin of warfare. *World Archaeology* 35: 145-165.

Topic, J. y Th. Topic

1987 The archaeological investigation of Andean militarism: Some cautionary observations. En *The Evolution of the Andean State*, editado por J. Haas, S. Pozorski y T. Pozorski, pp. 47-55. Cambridge University Press, Cambridge.

1997 Hacia una comprensión conceptual de la guerra andina. En *Arqueología, Antropología e Historia en los Andes: Homenaje a María Rostworowski*, editado por R. Gabai and J. Flores Espinoza, pp. 567-590. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Turney-High, H. H.

1949 *Primitive War: Its Practice and Concepts*. University of South Carolina Press, Columbia.

Vankilde, H.

2003 Commemorative tales: Archaeological responses to modern myth, politics, and war. *World Archaeology* 35: 126-144.

Walker, W. H.

2002 Stratigraphy and Practical Reason. *American Anthropologist* 104: 159-177.

Wright, H. T.

1986 The evolution of civilizations. En *American Archaeology Past and Future*, editado por D. Meltzer, D. Fowler y J. Sabloff, pp. 323-365. Smithsonian Institution Press, Washington.

COMENTARIO 1

Elizabeth Arkush

University of Pittsburgh
 Department of Anthropology
 3302 Wesley W. Posvar Hall
 230 S. Bouquet St.
 Pittsburgh, PA 15260

arkush@pitt.edu

En un rápido y creciente campo de investigación sobre la arqueología de la guerra, Axel Nielsen sigue siendo uno de los escritores más innovadores y estimulantes, que exhortan a los arqueólogos a dar una nueva mirada a la guerra y hacer preguntas que han tenido poco estudio hasta el momento. En los últimos años, Nielsen ha argumentado que la guerra debe ser estudiada por los arqueólogos desde la perspectiva de la teoría de la práctica, colocando la guerra dentro de su contexto cultural específico (Nielsen 2007, 2009, Nielsen and Walker 2009).

No estoy del todo en desacuerdo con su posición ni tampoco de acuerdo. En general, creo que ha exagerado las diferencias entre los dos paradigmas supuestos para efectos de argumentación, mayormente por exagerar lo que él llama la posición "positivista." ¿Existen en realidad dos esquemas teóricos distintos y contradictorios el uno con el otro?

La arqueología de la guerra ha pasado por una rápida evolución. Un pequeño número de investigadores pioneros (e.g., Robert Carneiro; Brian Ferguson, Jonathan Haas, Steven LeBlanc, David Wilson, etc.) inicialmente escribieron sobre la guerra antes de que estuviera en boga hacerlo. Estos académicos corresponden más o menos a la descripción de Nielsen de los "positivistas" y establecieron una base importante para la siguiente fase, por lo que con frecuencia siguen siendo referidos en la literatura.

Desde ca. 2000, han proliferado los estudios por un grupo mucho más grande –incluyendo a Nielsen y a la autora en esta categoría– que son más diversos y han asimilado más de la síntesis teórica emergente en la arqueología que Nielsen identifica, incluyendo las perspectivas sobre la práctica, la agencia, el paisaje, la materialidad, etc. Este trabajo incluye estudios sobre la competencia entre guerreros o élites por el estatus (Webster 1998); sobre rituales relacionados con la guerra, el tratamiento de los trofeos humanos (papeles en Chacón y Dye 2009) y sobre la construcción del "guerrero" (por ejemplo, Kristiansen 1999; Robb 1994). Agrupando toda la literatura, Nielsen deja a un lado un terreno emergente de nuevas preguntas sobre la guerra.

Sin embargo, si tuviera que asignar un paradigma teórico a la literatura reciente, todavía consideraría que un buen porcentaje de esta, básicamente, tiene sus raíces en la tradición procesual, porque el objetivo final es universalista (un término mejor empleado que "positivista", ya que los principios universales han sido conceptualizados como probabilística por muchas décadas). Yo y otros investigadores

**"Hacia una
 arqueología
 de la guerra como
 si la práctica
 importara"**

Axel E. Nielsen

universalistas estamos muy interesados en la comparación intercultural y en ese ejercicio, finalmente, el interés es mayor en aspectos comunes de la guerra, o en el entendimiento de grupos de limitadas posibilidades, que en la cartografía de interminables variaciones particulares. Por supuesto, esta cuestión llega al fondo de lo que consideramos nuestra tarea como antropólogos y el particularismo tiene un lugar respetado en esa labor. Pero, de hecho, deduzco que inclusive Nielsen está también más interesado en temas interculturales, aunque los temas con un sabor de “la práctica” (p. ej., ¿cómo la socialización de guerreros afecta a la guerra?), en lugar de un conocimiento más profundo de la guerra precolombina en los Andes del sur *como un fin en sí mismo*.

Así que aceptamos por el momento que los patrones interculturales (similitudes, contrastes) y la lógica detrás de ellos son de gran interés para todos nosotros. Por lo tanto, la vía más prometedora parece ser un enfoque comparativo sobre la guerra, que reconoce e incluye la cultura y la historia. Y cada vez que tomamos un enfoque comparativo, separar y aislar los factores es necesario, *a pesar de que los sujetos pasados no lo experimentaban por separado*. Las distinciones que Nielsen pretende omitir –entre infraestructura y superestructura, o la ideología y la tecnología– siguen siendo importantes para fines de análisis. Si decimos que las causas de la guerra solo se encuentran irreductiblemente en la articulación de la esfera material con la cultural y esta articulación es inconmensurablemente diferente entre las culturas, entonces nunca va a entender la causalidad, es decir, nunca va a entender qué cosas específicas pueden conducir a la guerra en general y ni siquiera tendrá la certeza sobre las causas de la guerra en los casos en particulares.

Se puede identificar dos zonas relacionadas de conflicto, o de conflicto potencial, entre el supuesto esquema “positivista” y el de “la práctica”: la naturaleza de las causas y motivaciones para la guerra y la “racionalidad” de la manera de luchar.

1. Las causas de la guerra / las motivaciones para la guerra. Nielsen caracteriza a los “positivistas” demasiado centrados en las causas materiales (entendiendo *material* en el sentido de recursos, bienes, y poder) y por lo tanto incapaces de hacer ningún avance en la verdadera comprensión de la causalidad en la guerra.

Una vez más, creo que Nielsen está exagerando el asunto. A pesar de que los arqueólogos y antropólogos de la guerra han puesto un gran énfasis en las causas materiales, también hay un tradicional res-

peto de otras causas, p. ej., estructurales (Kelly 2000, Otterbein 1970, Sahlins 1961). Raymond Kelly (2000) es un ejemplo perfecto: considera tanto las condiciones materiales y la organización social segmentaria como factores importantes que causan guerras frecuentes. Aún los investigadores que hacen gran énfasis en las causas materiales, como Ferguson, también reconocen que no son las únicas cosas que importan. El modelo de Ferguson (1990) de una jerarquía de causas fue un intento de reconocer diferentes factores –material, estructural, cultural– que posiblemente influyen en la magnitud, la intensidad y la manera de la guerra. Su argumento, citado por Nielsen, que “wars occur when those who make the decision to fight estimate that it is in their material interest to do so” (1990: 30), con una amplia definición de “interés material,” sigue siendo un resumen sucinto y plausible del problema. El argumento de Nielsen, que la relación entre las condiciones externas y las percepciones / objetivos de los que toman las decisiones es lo que produce la guerra o la paz, no parece, de hecho, muy distinto al de Ferguson.

Tampoco debemos subestimar los logros de los arqueólogos de la guerra hasta ahora. Ciertamente, no han definido una simple regla o ley para cuando la guerra se produce y cuando no lo hace. No siempre estamos de acuerdo sobre la interpretación de ciertos tipos de evidencias –por ejemplo, los episodios de destrucción son difíciles de interpretar (Walker 2002; Pagliaro et al. 2003)–. Sin embargo, los arqueólogos han combinado cuidadosamente varias líneas de evidencia para lograr secuencias muy sólidas de la guerra y la paz a través del tiempo (por ejemplo, Lambert 2002; Milner 1999, 2007; Thorpe 2003, 2006) y esto sí puede expresarnos mucho acerca de la causalidad.

Sin embargo, Nielsen tiene razón en que la conciliación de las diferentes causas y motivaciones para la guerra siguen siendo un problema real. En tiempo etnográfico, el miedo es un factor importante en la decisión de ir a la guerra (Ember y Ember 1992). En el tiempo arqueológico e histórico, podemos ver que los episodios de escasez de recursos combinan bastante bien con los episodios de la guerra más frecuentes (Bamforth 2006; Zhang 2007). Hay, por supuesto, un cúmulo de casos etnográficos de la gente francamente luchando por la tierra, pero en muchos casos también los informantes afirman que no tienen razones materiales para la lucha y el miedo y el odio étnico ocupan un lugar central en sus motivaciones (Keeley 1996). Entonces, ¿cómo las consideraciones materiales se articulan con los intereses y entendi-

mientos de los combatientes y líderes? Los antropólogos han debatido este tema durante décadas.

Me permito sugerir que el estudio de las causas de la guerra es un terreno muy fértil para las comparaciones y las secuencias a través del tiempo. Sólo mediante la comparación de casos en espacio y tiempo, podremos averiguar el peso relativo de los factores causales. Nielsen llama la atención “a las formas existentes de apropiación de recursos, a nociones de lugar y de paisaje o a memorias compartidas de la interacción pretérita.” En lugar de simplemente afirmar la importancia de estas cosas, ¿por qué no descubrir cuánto importan? ¿qué sucede cuando los tipos similares de estrés económico afectan a las diferentes sociedades con diferentes concepciones de la propiedad, el paisaje y de la historia? ¿qué pasa si estos sentidos cambian a través de tiempo? Puesto que cada especialista que trabaja ahora en la guerra está de acuerdo en que *tanto* los factores materiales *como* culturales importan, ¿cuáles factores específicos pesan y cómo?

2. *La manera de luchar.* Nielsen menciona esto brevemente, pero es un tema muy interesante. En su opinión, un enfoque utilitarista en la forma de luchar (que subraya la racionalidad o el sentido común) no es adecuado, mientras que una perspectiva desde la práctica es capaz de dar cuenta de conductas aparentemente poco prácticas en la guerra, que algunos arqueólogos han enfatizado (e.g. Topic y Topic 2009).

En mi opinión, es potencialmente engañoso poner estos modelos en oposición entre sí. No se puede poner en duda la validez básica de la teoría de la práctica: las personas siempre están situadas en su entorno social y cultural, por lo que la guerra, como cualquier otro tipo de acto, es enculturada. La guerra es un campo en que varias cosas están en juego así como la derrota o la victoria del grupo: el riesgo personal, la reputación individual y colectiva, el honor, las obligaciones a líderes y aliados y otros combatientes, la masculinidad, las emociones fuertes de odio y miedo, etc. Las personas toman decisiones expeditivas en tiempo de guerra sobre la base de todos estos objetivos. Sin embargo, son también inteligentes y observadoras, comprenden la utilidad de lo que hacen, sobre todo cuando las consecuencias de sus acciones pueden marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Por eso, tratar a las personas como agentes racionales (*rational actors*) pone mucho en evidencia sobre cómo la gente se pelea. La lógica de la ofensa y la defensa es tan simple que hay muchas similitudes

entre las culturas en el manejo de la guerra. Estas similitudes incluyen tácticas y estrategias (por ejemplo, las emboscadas, las batallas, movimientos envolventes, la falsa retirada, el asedio), además que mucho del aparato material de la guerra, que los arqueólogos estudian directamente –armas, armaduras, defensas–. La fabricación de estas cosas, no se rige por ninguna ley universal, sino que se llevó a cabo a través de la práctica, arraigada en las tradiciones locales y los entendimientos locales. Pero, por supuesto, la gente en todas partes se dió cuenta y sabía lo que funcionaba en la guerra. En ese sentido, sus acciones conforman muy bien con un modelo utilitario.

Lo que causa el debate son los elementos de guerra aparentemente “irracionales,” de los rituales de preparación para la batalla hasta las banderas blancas de rendición (Keeley 1996). Se puede señalar a las tradiciones de lucha diseñadas para demostrar la proeza de guerreros (“counting coup” entre los indígenas norteamericanos de los Great Plains; Mishkin 1940), o su solidaridad (falanges de hoplitas griegas; Runciman 1998). Especialmente interesantes son las reglas o convenciones sobre la conducta en la lucha, algunas de las cuales en realidad disminuyen la eficacia militar: las prohibiciones contra violar o matar a las mujeres del enemigo (Meggitt 1977: 112, Wiessner y Kyakas 1992: 149-50), lugares de asilo frente a la violencia (Kolb y Dixon 2002), o incluso los Convenios de Geneva.

Pero en lugar de simplemente concluir que estas normas son fatales para el paradigma utilitarista, ¿no sería más interesante analizarlas desde una perspectiva universalista? ¿por qué y bajo qué condiciones se presentan y mantienen, o no? Los convenios y rituales en la lucha son particularmente comunes en las batallas, cuando ambas partes han acordado (en un sentido) reunirse y luchar, más que en los ataques o emboscadas (Keeley 1996; Carman 1999; Vayda 1976). Reglas y prohibiciones tienden a ser mantenidos por los grupos que repetidamente pelean mientras que participan en un sistema cultural común. Ellos logran ciertos objetivos útiles: permiten a un grupo mostrar su tamaño y la valía en la batalla y limitan el daño cuando hay un deseo mutuo de controlar las bajas, por ejemplo cuando la guerra se libra dentro de un clan (Meggitt 1977). En la guerra con los extraños, o cuando los costos de la derrota son muy grandes, estas normas pueden ser abandonadas (p. ej., Inomata y Triadan 2009; Solometo 2006). (En mi opinión esto plantea preguntas básicas muy interesantes. ¿cuáles son los límites de la convención? ¿qué permite la variabilidad cultural y qué la limita?)

En otras palabras, a pesar de que estas reglas y comportamientos son producidos por la socialización de los guerreros en el tipo de conducta militar que se consideran adecuados, también tienen una lógica utilitaria, que los participantes seguramente entiendan. Si abandonamos completamente la idea de que las personas son agentes racionales en un sentido limitado (*bounded rationality*), entonces seremos totalmente incapaces de explicar los universales, tales como las formas de las armas y las murallas.

Tal vez una analogía útil para la práctica de la guerra se puede encontrar en la práctica de la agricultura. Al igual que la agresión violenta y la defensa bélica, la agricultura es una acción propositiva colectiva que actúa en el mundo para el beneficio material y no-material. La cultivación es una forma de "práctica," por supuesto está impregnada con el ritual, tradición, género, la percepción del paisaje, etc. Sin embargo, también está llena de sentido común. Nadie hace cosas contraproducentes, como la excavación de canales para correr cuesta arriba (o si lo hacen una vez, no lo vuelvan a hacer). Así que encontramos las mismas tecnologías agrícolas desarrolladas de forma independiente en varios lugares para extraer de la tierra, de manera eficiente, lo que es menester, a pesar de que la cosecha a veces se puede utilizar en formas "no utilitarias". La agricultura es compatible con un punto de vista utilitarista tanto como uno basado en la práctica, y *no están en contradicción*. De la misma manera, la gente reinventó fortalezas, porras, hondas, etc., para ganar las peleas que lucharon, inclusive si esas peleas no se libraron siempre por razones materiales.

Para el futuro, un enfoque universalista / comparativo, que también reconoce la cultura y la historia, abriría muchas interrogantes interesantes. ¿Hay patrones en la socialización de los guerreros? ¿Cuándo estuvo el infanticidio femenino ligado a la guerra? ¿Cómo, cuándo y por qué son tomados y utilizados los trofeos? ¿Algunas culturas responden a la escasez de recursos de una manera menos conflictiva que otras? ¿Cómo está la guerra relacionada con las prácticas y las tecnologías aparentemente lejanas (almacenamiento, entierro, etc.)? ¿Cómo está la guerra relacionada con otros tipos de violencia (violencia doméstica, conflicto dentro de la comunidad)? ¿Qué tiene que ver la historia con la guerra?

Una mejor apreciación de la historia es una de las nuevas direcciones más importantes en el estudio de la guerra, y concuerdo con Nielsen sobre este tema. (Por "la historia", me refiero a "estructuración"

en las escalas de tiempo que los arqueólogos encuentran útil). La historia de las acciones pasadas (y guerras pasadas), que son recordadas por la gente y materializadas en el mundo, afectan a la guerra en el presente. Por lo tanto, las secuencias arqueológicas nos muestran trayectorias variables de la paz y la guerra a través del tiempo. Mi propio trabajo aborda la historia materializada a través de un paisaje específico de asentamiento y fortificación, un paisaje que alentó a ciertas acciones y resultados con el paso del tiempo (Arkush 2011). El particularismo ocupa un lugar importante en la reconstrucción de estas trayectorias, pero en última instancia, es la comparación de las trayectorias que ilumina más ampliamente los factores que influyen la guerra y los patrones de las consecuencias.

Bibliografía

- Arkush, E.
2011 *Hillforts of the Ancient Andes: Colla Warfare, Society and Landscape*. University Press of Florida, Gainesville.
- Bamforth, D. B.
2006 Climate, chronology, and the course of war in the Middle Missouri region of the North American Great Plains. En *The Archaeology of Warfare: Prehistories of Raiding and Conquest*, editado por E. Arkush y M. Allen, pp. 66-100. University of Florida Press, Gainesville, FL.
- Carman, J.
1999 Beyond the Western Way of War: Ancient Battlefields in Comparative Perspective. En *Ancient Warfare: Archaeological Perspectives*, editado por J. Carman y A. Harding, pp. 39-55. Sutton Publishing Ltd, Pheonix Mill.
- Chacon, R. J. y D. H. Dye, compiladores
2007 *The Taking and Displaying of Human Body Parts and Trophies by Amerindians*. Springer, New York.
- Ferguson, R. B.
1990 Explaining War. En *The Anthropology of Warfare*, editado por J. Haas, pp. 26-55. Cambridge University Press, Cambridge.
- Keeley, L. H.
1996 *War Before Civilization*. Oxford University Press, New York.
- Kristiansen, K.
1999 The emergence of warrior aristocracies in later European prehistory and their long-term history. En *Ancient Warfare*, editado

- por J. Carman y A. Harding, pp. 175-189. Sutton, Phoenix Mill, UK.
- Kyakas, A. y P. Wiessner.
1992 *Inside the women's house: Enga women's lives and traditions*. Robert Brown & Associates (Qld) Pty Ltd. Buranda, Qld.
- Meggitt, M.
1977 *Blood is their argument: Warfare among the MaeEnga Tribesmen of New Guinea Highlands*. Mayfield Pub. Co., Palo Alto, CA.
- Mishkin, B.
1940 *Rank and Warfare among the Plains Indians*. University of Washington Press, Seattle.
- Nielsen, A.
2007 Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (1): 9-41.
2009 Ancestors at war: meaningful conflict and social process in the South Andes. En *Warfare in Cultural Context: Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, editado por A. Nielsen y W. Walker. University of Arizona Press, Tucson.
- Nielsen, A., y W. Walker
2009 Introduction: the archaeology of war in practice. En *Warfare in Cultural Context: Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, editado por A. Nielsen y W. Walker, pp. 1-14. University of Arizona Press, Tucson.
- Pagliaro, M. B. y K. Stanton
2003 Evaluating the Archaeological Signatures of Maya Ritual and Conflict. En *Ancient Mesoamerican Warfare*, pp. 75-89. AltaMira Press, Walnut Creek, CA.
- Robb J. E.
1997 Female beauty and male violence in early Italian society. En *Naked truths: Women, sexuality, and gender in Classical art and archaeology*, editado por A. Koloski-Ostrow y C. Lyons, pp. 42-66. Routledge, London.
- Runciman, W. G.
1998 Greek hoplites, warrior culture, and indirect bias. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 4(4): 731-745.
- Thorpe, I. J.
2003 Anthropology, archaeology, and the origin of warfare. *World Archaeology* 35(1): 145-165.

2006 Fighting and feuding in Neolithic and Bronze Age Britain. En *Warfare and Society: Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, editado por T. Otto, H. Thrane, y H. Vankilde, pp. 141-165. Aarhus University Press, Aarhus, Denmark.

Topic, T. L. y J. R. Topic

2009 Variation in the Practice of Prehispanic Warfare on the North Coast of Peru. En *Warfare in Cultural Context: Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, editado por A. Nielsen y W. Walker, pp. 17-55. University of Arizona Press, Tucson.

Vayda, A. P.

1976 *War in Ecological Perspective*. Plenum, New York.

Walker, W. H.

2002 Stratigraphy and practical reason. *American Anthropologist* 104(1): 159-178.

Webster, D.

1998 Warfare and Status Rivalry: Lowland Maya and Polynesian comparisons. En *Archaic States*, editado por G.M. Feinman y J. Marcus, pp. 464-70. School of American Research Press, Santa Fe.

Zhang, D., J. Zhang, H. Lee, y Y. He

2007 Climate Change and War Frequency in Eastern China over the Last Millennium. *Human Ecology* 35 (4): 403.

COMENTARIO 2

Verónica Williams

CONICET, Instituto de
Arqueología, Facultad
Filosofía y Letras (UBA),
25 de mayo 217, Piso 3
(1002) CABA

Veronicaw33@yahoo.com

**“Hacia una
arqueología
de la guerra como
si la práctica
importara”**

Axel E. Nielsen

Nielsen presenta oportunamente un ejercicio de contraponer dos paradigmas teóricos para el estudio arqueológico de la guerra, la positivista, que es predominante en la literatura actual y otro alternativo centrado en la de la práctica, tema que ha crecido en interés desde la década de 1990 en la arqueología anglosajona y americana, y escasamente explorado en relación a la guerra hasta el momento.

Para las posturas positivistas la cultura es concebida en términos idealistas como un sistema simbólico de creencias desvinculado de su contexto histórico que usa argumentos culturalistas tautológicos y sin poder explicar porqué la gente pelea (Ferguson 2001). Esta postura subvalora la cultura y la agencia de las personas involucradas en la interpretación de la guerra como lo señala Nielsen en temas raramente señalados como motivaciones subjetivas para luchas como venganza, temor a la brujería, voluntad de satisfacer la sed de sangre de los dioses, etc.). Bajo el paradigma positivista se considera que la guerra fue un factor clave generador de jerarquías sociales derivando eventualmente en el surgimiento del estado (Carneiro 1970) aunque la guerra puede ser practicada sin llevar a ningún tipo de integración, tal como se plantea para el área Circumtítica y el Noroeste de Argentina (NOA) (Arkush 2008) donde parece existir para este momento un estado de fragmentación política, intenso conflicto y jerarquías sociales no desarrolladas que se materializa en la iconografía, aparición de tipos de asentamientos defensivos, armas, parafernalia de guerra y traumas en restos humanos (Arkush y Stanish 2005; Gheggi 2012; Nielsen 2007; Seldes 2007; Tarragó 2000). Apoyando esta posición, Allen argumenta, a partir de ejemplos arqueológicos, etnográficos e históricos, que los conflictos crónicos serían factores inhibidores para la consolidación de estructuras políticas centralizadas (Allen 2006). Es más, hay autores que “ponen en duda la gravedad, duración o hasta la realidad de aquellos enfrentamientos entendiendo que un estado de guerra endémica sería incompatible con los principios de complementariedad ecológica y social que son característicos de las sociedades andinas” (Nielsen 2003: 75).

Cabe recordar que en los estudios antropológicos ha calado profundo la definición de Mervyn Meggit (1977: 10) quien define a la guerra como “un estado o periodo de hostilidad armada existente entre comunidades políticamente autónomas, el cual en algunos momentos concierne las acciones (violentas o de otro tipo) de sus miembros en contra de los oponentes como expresiones legítimas de la soberanía

política de la comunidad". Es sabido que el concepto de guerra genera dificultades entre los antropólogos ya que para algunos el término implica a organizaciones complejas (estados y en el mejor de los casos, los llamados cacicazgos o señoríos) por lo que podemos considerar inapropiado utilizarlo en sociedades de distinta o "menor" complejidad. De allí que en muchos casos se ha adoptado la expresión de incursiones (*raiding*) como sustituto de guerra en contextos poco claros de dilucidar. Si bien es una definición simple no distingue entre acciones violentas interpersonales e incursiones (LeBlanc y Rice 2001). Para estos autores "la hostilidad armada de colectividades puede asumir formas diferentes como enfrentamientos continuos o solo excepcionales, batallas formales, asaltos sorpresivos, resultando en distintos grados de violencia efectiva y número variable de víctimas o de destrucción de bienes. En todos los casos, lo característico de la guerra es el estado de inseguridad en el que los grupos involucrados se sienten amenazados" (LeBlanc 1999: 8).

Esta definición de LeBlanc es retomada por Nielsen en el 2007, quien reitera la característica particular del "estado de inseguridad" que puede ser sustituida por un estado de preocupación, un estado de alerta o de prevención. Todas estas posibilidades podrían haber ocurrido en el pasado y las estrategias de resolución social estar plasmadas en forma diferencial en el registro arqueológico. Pero hay que considerar que muchas de estas resoluciones o acciones pueden no conservarse en el registro arqueológico aunque esto no invalida la consideración de situaciones particulares y no patrones generales.

Desde un enfoque de la teoría de la práctica, Nielsen pretende "[...] abordar el impacto social de la guerra [...], es decir, comprender las lógicas culturales particulares que rigen los conflictos y multiplicidad de agencias que intervienen" [...] "indagar sobre el marco de disposiciones y representaciones a través de la cual las personas entendían sus intereses, elaboran sus proyectos, interpretaban los actos de los demás y evaluaban cursos alternativos de acción, la violencia entre ellos" (Nielsen 2007: 10). Pensar el conflicto armado como un "curso alternativo de acción", como una práctica posible entre tantas otras en un contexto determinado, nos lleva a preguntarnos cuáles son los motivos por los cuales las acciones son una alternativa a considerar. Pero es cierto que buscar causas o móviles generales aplicables a cualquier tiempo y lugar es inaceptable en este programa teórico. Cada grupo, cada lugar, cada tiempo, cada circunstancia crean un escenario par-

ticular que debe contemplarse. En este proceso intervienen múltiples factores y actores que se entrelazan para dar forma a los acontecimientos. Las investigaciones realizadas en Humahuaca, Hualfin y Calchaquí son algunos ejemplos de nuestro país.

En este ensayo de opinión, Nielsen pone en el tapete primero el sentido común en el estudio de la arqueología de la guerra o me tomaría el atrevimiento de usar un término de conflicto para no estereotiparlo como algo violento y físico exclusivamente. Conuerdo que bajo el positivismo la guerra pre-moderna se desarrolla de acuerdo a la misma lógica utilitaria y bajo las mismas condiciones y efectos análogos sobre las sociedades buscando modelos universales. La lógica de los actores es un calco del sentido común del investigador y su propia comprensión de lo que considera "condiciones objetivas" y respuestas funcionalmente apropiadas a las mismas.

A partir de la década del 70 las diversas corrientes bajo el paraguas de la teoría social comenzaron a buscar formas de considerar las lógicas culturales particulares, la agencia y la historia al tratar temas comunes en la arqueología como el espacio, la identidad, la tecnología, etc. La guerra como cualquier otra práctica social solo puede comprenderse, y en eso adhiero con Nielsen, con referencia a agente que se constituyen en la relación entre el *habitus* y ordenes causales independientes, que gobiernan fenómenos físicos, químicos, biológicos, cognitivos y sensoriales involucrados. El surgimiento de las perspectivas orientadas a la práctica de los actores y sus acciones ha conllevado una reconsideración de los lazos entre tiempo y espacio, fundamentalmente a través de los trabajos de Bourdieu (1977) y Giddens (1984). A partir del surgimiento de estos puntos de vista puede considerarse la temporalidad del paisaje sobre la base de los procedimientos prácticos de producción, reproducción y reforma definidos para un conjunto entretelado de relaciones políticas.

Como validación de esta nueva perspectiva para el estudio de la arqueología de la guerra que sorteando ciertos obstáculos que encuentra el paradigma positivista, el autor menciona los estudios interculturales de Ember y Ember (1992 y 1994) y especialmente la demostración de la correlación entre la frecuencia de conflictos armados y múltiples variables potencialmente explicativas. Estos análisis son sumamente interesantes porque descubren que la frecuencia de la guerra se correlaciona principalmente con la imprevisibilidad de los recursos debido a desastres naturales más que con el estrés ambiental crónico o regularmente

ocurrente. Este hallazgo sustentó la noción de que la principal causa de la guerra es la amenaza de falta de recursos y una segunda correlación es la socialización de la desconfianza o la transmisión institucionalizada del temor. Este modelo, llamado de recursos escasos puede deberse a diferentes motivos como cambios climáticos, presión poblacional en donde el entorno pierde la capacidad de sustentar los recursos necesarios para la población. Para LeBlanc y Rice (2001) este modelo es una de las explicaciones más viables para dar cuenta de acciones bélicas entre los grupos del suroeste de Estados Unidos que también ha sido aplicado para el escenario particular del NOA, aunque hasta el momento es difícil justificar la idea que los espacios aprovechables estaban totalmente saturados (Nielsen 2003). Wynveldt y Balesta (2009) sugieren para el valle de Hualfin, que una crisis climática, sumada al aumento de población, podrían haber causado un agotamiento de recursos, lo cual se puede interpretar a través de la masificación del uso de madera de *Prosopis* detectada en los sitios donde se han hallado evidencias de uso intensivo para la fabricación de sostenes de estructuras. En estas se nota una falta de mantenimiento, a través de la presencia de galerías provocadas por xilófagos antes de la carbonización de la madera (*op. cit* 164-165).

La hipótesis de la saturación de espacios aprovechables para el NOA debería ser contrastada con la evidencia de la coexistencia de asentamientos sin características defensivas a los *pukara* (considerado "icono" de un estado de conflicto); la continuidad de un intenso tráfico interregional durante el Periodo de Desarrollos Regionales (1000-14000 DC) y la atribución de algunos indicadores de violencia a prácticas rituales. Esto lleva a pensar que las causas de la guerra no pueden buscarse en condiciones objetivas ni subjetivas exclusivamente sino en la relación entre ambas como bien señala el autor. La guerra y el intercambio tanto de personas como de bienes no deberían ser vistos como elementos mutuamente excluyentes sino estrechamente asociados. La coexistencia de ambos puede adoptar múltiples formas: treguas reguladas ritualmente, recompensas de guerra, ciclos de lucha y festines, normas que posibilitan el tráfico entre enemigos en ciertos contextos y los grupos neutrales o traficantes especializados (Arkush y Stanish 2005).

Como sostiene el autor, el énfasis en la práctica evita reificar categorías analíticas como economía-política-ideología entre otras, explicaciones materialistas de la investigación sobre la guerra (Ferguson 1990, 2001).

Para el autor una estrategia de investigación centrada en la práctica también puede contribuir a llevar los métodos arqueológicos para el estudio de la guerra más allá de la aplicación mecánica de listas de rasgos diagnósticos algo muy común aplicado a casos concretos sino que requieren entender el papel del conflicto en campos de acción históricamente constituidos (Arkush y Stanish 2005; Williams y Castellanos 2001; Wynveldt y Balesta 2009).

Nielsen argumenta muy claramente a favor de un programa para el estudio arqueológico de la guerra que tome en consideración contextos, actores, valores y significados puestos en juego en su práctica. Así no habría que limitarse a la pura descripción y entonces abstenerse de generalizar o prescindir modelos de alcance inter-cultural, posición compartida por Owen quien pone en duda los estudios comparativos sobre la asociación de guerra, manejo de grandes proyectos y diferenciación social (Owen 1995).

En este momento en los estudios de la arqueología de la guerra esta reflexión de Nielsen, con vasto conocimiento y experticia en el tema, es bienvenida y consiste en un aporte muy enriquecedor para encarar investigaciones sobre el accionar de las personas *per se* y en relaciones humanas intra e intergrupales.

Bibliografía

Allen, M.

2006 Transformations in Maori Warfare: Toa, Pa, and Pu. En *The archaeology of warfare. Prehistories of raiding and conquest*. Editado por E. Arkush and M. Allen, pp. 184-213. University Press of Florida, Florida.

Arkush, E.

2008 War, chronology, and causality in the Titicaca Basin. *Latin American Antiquity* 19: 339-373.

Arkush, E. y C. Stanish

2005 Interpreting conflict in the Ancient Andes: implications for the archaeology of warfare. *Current Anthropology* 46(1): 3-20.

Bordieu, P.

1977 *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge, Cambridge University Press.

Carneiro, R. L.

1970 A Theory of the origin of the State. *Science* 169: 733-738.

Ember, C. R. y M. Ember

1992 Resource unpredictability, mistrust, and war. *Journal of conflict Resolution* 36: 242-262.

1994 Cross-cultural studies of war and peace: recent achievements and future possibilities. En *Studying War: Anthropological perspectives*, editado por S. P. Reyna y R. E. Downs, pp. 185-208. Gordon and Breach, Amsterdam.

Ferguson, R. B.

1990 Explaining war. En *The anthropology of war*, editado por J. Hass, pp. 26-55. Cambridge University Press. Cambridge.

2001 Materialist, cultural and biological theories on why Yanomami make war. *Anthropological Theory* 1: 99-116.

Gheggi, M. S.

2012 *Un enfoque biocultural aplicado al estudio de entierros arqueológicos del Noroeste Argentino (ca. 1000-1540 A.D)* Tesis doctoral inédita. Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Giddens, A.

1984 *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. Cambridge, Polity Press.

LeBlanc, S. A.

1999 *Prehistoric warfare in the American Southwest*, University of Utha, Salt Lake City.

LeBlanc, S. y G. Rice

2001 Southwestern Warfare: the value of Case Studies. En *Deadly Landscapes. Cases Studies in Prehistoric Southwestern Warfare*, editado por G. Rice y S. LeBlanc, pp. 1-18. The University of Utha Press, Salt Lake City.

Meggitt, M.

1977 *Blood is their argument: Warfare among the MaeEnga Tribesmen of New Guinea Highlands*. Mayfield Pub. Co., Palo Alto, CA.

Nielsen, A. E.

2003 La edad de los Auca Runa en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *Memoria Americana* 11: 73-107.

2007 Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (1): 9-41.

Owen, B.

1995 Warfare and Engineering, Ostentation and Social Status in the Late Intermediate Period Osmore Drainage. Ponencia presentada en el 60th Annual Meeting en la *Society for American Archaeology*, Minneapolis.

Seldes, V.

2007 Aportes de la bioarqueología al estudio de la complejidad social en la Quebrada de Humahuaca (Pcia de Jujuy, Argentina) Tesis doctoral inédita, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Tarrago, M.

2000 Chacras y *pukara*. Desarrollos sociales tardíos. En *Nueva historia Argentina. I. Los pueblos originarios y la conquista*, tomo dirigido por M. Tarragó, pp. 257-300. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Williams, V. I. y M. C. Castellanos

2011 Poblaciones prehispánicas en las cuencas de Angastaco y Molinos: historias de conflictos, resistencias y disputas". En *Resistencias, conflictos y negociaciones. El valle Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad*, compilado por L. Rodríguez, pp. 23-61. Prohistoria Ediciones, Rosario.

Wynveldt, F. y B. Balesta

2009 Paisaje sociopolítico y beligerancia en el valle de Hualfin (Catamarca, Argentina). *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología*, N° 8, enero-junio: 143-168. Universidad de los Andes, Colombia.

RÉPLICA: CULTURA Y MATERIA EN LA ARQUEOLOGÍA DE LA GUERRA

Agradezco los comentarios de mis colegas, que permiten profundizar significativamente la reflexión planteada inicialmente. Ante todo, reconozco que –como lo señala Arkush– en el ensayo original, al enfatizar los contrastes entre perspectivas para beneficio del argumento, paso por alto trabajos recientes que incorporan elementos de “la síntesis teórica emergente” o que abordan –a veces desde otras miradas– aspectos de la guerra que son relevantes para una arqueología de la práctica. Williams, por su parte, me recuerda tácitamente la labor de varios arqueólogos del sur andino, que durante los últimos años viene enriqueciendo significativamente nuestro conocimiento de las guerras prehispánicas. Les agradezco especialmente haber reparado mis omisiones al referenciar estos importantes aportes en sus comentarios.

No puedo dejar de señalar, sin embargo, que a pesar de que Arkush cuestiona la existencia de “dos esquemas teóricos distintos y contradictorios”, ratifica la vigencia de una tensión de este tipo al argumentar a lo largo de su comentario en favor de la generalización intercultural, de la preeminencia explicativa de los móviles económicos y de la racionalidad de los agentes, *contra* un abordaje exclusivamente particularista o contra la idea de que la cultura lleve a las personas a conducirse irracionalmente, ignorando las condiciones objetivas que gobiernan el ejercicio de la violencia o sus consecuencias (la “lógica utilitaria”). Pero lo que me importa subrayar es que, al hacerlo, cambia inadvertidamente los términos de la conversación, puesto que las ideas contra las que argumenta no corresponden al programa de la práctica, sino en todo caso, a las posiciones culturalistas/idealistas mencionadas brevemente en el primer texto.¹ Está claro, tanto allí como en la vasta literatura sobre el tema, que las teorías de la práctica no proponen atender *exclusivamente* a las particularidades, la subjetividad, las ideas o las intenciones individuales, *en desmedro* de la generalización, las condiciones objetivas, la materialidad y las estructuras, sino poner en foco la *relación* entre ambos términos o clases de factores. Reitero, pensar la guerra y otros fenómenos sociales como prácticas supone investigar cómo personas con objetos, disposiciones y percepciones culturalmente constituidas (cultura material, destrezas, cosmologías, estructuras afectivas, valores, etc.) enfrentan activamente condiciones objetivas, que responden a causalidades que son en gran medida independientes de ellas (como el clima, las plantas, los animales o la hidrografía).

Dicho esto, y puesto que los tres –como muchos otros– estamos interesados en avanzar en una síntesis teórica como ésta, quiero aprovechar la diferencia entre enfoques universalistas y particularistas planteada por Arkush, que –coincido– “llega al fondo de lo que

¹ No profundizo estos enfoques en la ponencia inicial porque, en mi opinión, nunca han sido muy influyentes en la literatura arqueológica sobre la guerra.

consideramos nuestra tarea”, para reflexionar desde allí sobre algunos temas importantes para llevar adelante un proyecto de este tipo en arqueología. Comienzo situando el problema en términos del realismo trascendental o crítico (Bhaskar 1977; Sayer 2000),² una teoría que sin renunciar a la concepción de la ciencia como aproximación racional a un conocimiento objetivo del mundo, nos brinda un fundamento epistemológico más consistente para una arqueología de la práctica que el positivismo. A partir de este marco, discuto la relación entre materia y cultura, necesidad y contingencia en la explicación de la guerra, comentando al pasar sobre el tema del utilitarismo.

De acuerdo al Realismo, hay tres dominios ontológicos de interés para la ciencia: el real, el actual y el empírico.³ El primero –objeto de la ciencia teórica– abarca las estructuras y mecanismos generativos que gobiernan el mundo, el modo en que operan las cosas, los poderes causales que las definen como tales. Los efectos combinados de estas tendencias necesarias constituyen un dominio diferente, el de lo actual o fenoménico, los eventos ordinarios y observables que se presentan contingentemente como coyunturas y trayectorias en las que confluyen mecanismos causales de diverso orden. Estos dos dominios forman los objetos intransitivos del saber científico, por cuanto existen con independencia de ese conocimiento. El dominio empírico, en cambio, es transitivo y pertenece al ámbito de la ciencia, ya que aunque se refiera a los fenómenos del mundo actual, las experiencias y datos que abarca son siempre productos sociales interpretados.

La distinción entre lo real, lo actual y la experiencia fundamenta una visión de la explicación que contempla no sólo leyes causales, que describen los modos necesarios o universales en que se comportan las cosas reales, los mecanismos que generan los fenómenos, sino también las contingencias de su acontecer. Esto es especialmente cierto al tratar con sistemas abiertos, como el mundo social, donde entran en juego innumerables estructuras o “estratos” de la realidad de naturaleza muy diferente,⁴ cuyos efectos son conjunciones únicas e impredecibles. Esta visión del conocimiento científico se distancia del positivismo –entre otras cosas– por disociar la causalidad (y por lo tanto su confirmación o falsación)

² Vale recordar que el realismo hunde sus raíces en la tradición pragmática inaugurada por Peirce, cuya perspectiva semiótica es directamente relevante para una arqueología de la práctica. El realismo ha sido aplicado en arqueología por David (1992), Gibbon (1989), Wylie (2002) y, en los Andes del Sur, por Berenguer (1998).

³ El uso del término ‘real’ en referencia al ‘dominio de lo real’ no significa que las experiencias sean menos reales que los eventos, o que los eventos sean menos reales que las estructuras; los tres deben entenderse como distintas clases de objetos realmente existentes (Bhaskar 1977: 58).

⁴ [...] the predicates ‘natural’, ‘social’, ‘human’, ‘physical’, ‘chemical’, ‘aerodynamical’, ‘biological’, ‘economic’, etc. ought not to be regarded as differentiating distinct kinds of events, but as differentiating distinct kinds of *mechanisms*. For in the generation of an open-systemic event several of these predicates may be simultaneously applicable” (Bhaskar 1977: 119).

de la constatación de patrones recurrentes en los eventos,⁵ diferenciando por lo tanto, la explicación de la predicción. Estos contrastes son importantes, por un lado, al definir el papel del método comparativo en el desarrollo de teorías sobre la guerra que tengan en cuenta a la cultura y la agencia, y por otro, al emplear esas teorías en la explicación de fenómenos bélicos específicos.

La guerra –al igual que otras prácticas o instituciones como la agricultura o el estado– no es una “cosa” en el sentido realista, sino un fenómeno que participa de las coyunturas diversas que son propias de un sistema abierto (el mundo social), una clase de eventos que recortamos analíticamente del dominio actual pero que potencialmente obedece a diferentes estructuras y principios generativos que debemos identificar a través de la resolución o *unpacking* (Gregory 1986: 387) de sus componentes. El realismo trascendental denomina “análisis causal” (Bhaskar 1977: 125) a este primer paso de la investigación científica. Así, en tanto involucra violencia corporal, la guerra responde a los poderes causales de la física y la biología, que dan cuenta de la eficacia generalizada de armas, armaduras y fortificaciones. Puesto que es organizada colectivamente, compromete también facultades perceptuales, cognitivas y comunicativas del ser humano cuya realidad da lugar a formas coordinadas de pelear y estrategias bélicas interculturalmente eficaces. No sólo es obvio que los antiguos combatientes advertían tanto o mejor que nosotros esta “utilidad”, sino que es este mismo conocimiento el que nos permite inferir que si una población se fortifica es porque teme ser atacada, entender la concentración poblacional, la inter-visibilidad entre sitios y las tierras-de-nadie como parte de estrategias colectivas de defensa, o reconocer armas bélicas cuando las encontramos.⁶

Pero la guerra es además un fenómeno social, por lo que obedece también a las *cosas* que caracterizan irreductiblemente ese nivel de la realidad, por ejemplo la agencia, un concepto del que quisiera destacar aquí sólo dos aspectos. El primero es la intencionalidad, que involucra sistemas de representaciones en cuyo seno se define el sentido de las cosas, quiénes son los actores y cuáles son sus “intereses”. Estas disposiciones culturales son parte ineludible de la *racionalidad* de quienes practican la guerra. ¿Cómo definir lo que los actores racionales del modelo “materialista de la guerra” (Ferguson 1990) ambicionaban como riqueza o poder sin considerar qué tipo de personas eran (p.ej., individuos o colectivos [Fowler 2004]) y qué valores los regían, qué otras entidades poblaban su mundo social y cómo se vin-

⁵ “There is more to the world, then, than patterns of events. It has ontological depth: events arise from the workings of mechanisms which derive from the structures of objects, and they take place within geo-historical contexts. This contrasts with approaches which treat the world as if it were no more than patterns of events, to be registered by recording punctiform data regarding ‘variables’ and looking for regularities among them.” (Sayer 2000: 15)

⁶ Así como la incidencia necesaria de la gravedad sobre el agua nos permite identificar ciertos fenómenos como obras de riego.

culaban entre sí (Descola 1996; Viveiros de Castro 1992)? Claramente, si no consideramos esas otras lógicas en la argumentación, lo que hacemos es proyectar nuestras ambiciones particulares y lo que resulta valioso o útil a ellas (p.ej., la acumulación y consumo individual de recursos económicos entendidos en nuestros propios términos), como si fueran universales. A esto me refiero al caracterizar a la perspectiva procesual de la guerra y al *materialismo cultural* que la inspira⁷ como utilitarista.

Ignorar la relevancia de la cultura en el ejercicio de la guerra lleva además a pasar por alto acciones que, en la perspectiva de los actores, parecen haber estado directamente relacionadas al ejercicio de la violencia colectiva, sólo porque resultan inútiles desde nuestro sentido común (p.ej., Nielsen 2007; Nielsen y Walker 1999). Por insensatas que parezcan estas acciones, *son materiales* y tienen consecuencias palpables en el curso de los acontecimientos, causan variabilidad en el registro material del pasado que, como arqueólogo, esperaría que una visión del mundo que se precia de "materialista" tuviera en cuenta y fuera capaz de explicar. A esto me refiero al afirmar que el utilitarismo economicista ni siquiera es estrictamente materialista.

Coincido, entonces, en que es preciso desarrollar teorías universales sobre la guerra que tengan en cuenta la relevancia causal de la cultura, en que la comparación intercultural es necesaria para evaluarlas (porque proporciona un sustituto metodológico de la clausura experimental al tratar con sistemas abiertos) y que para ello hacen falta categorías de análisis de validez general; pero difiero en que no me parecen adecuadas para esta tarea las categorías propuestas por el materialismo cultural, o el uso que este paradigma hace de ellas en la explicación. Encuentro herramientas más útiles –especialmente como arqueólogo– en el programa de la *materialidad*. Me refiero a proyectos muy diversos que comparten la noción de que la materia juega un rol activo y significativo –no sólo instrumental– en la constitución del mundo social a través de la práctica, por ejemplo, los estudios de cultura material (Miller 2005; Miller y Tilley 1996), la ANT (Latour 2005), la pragmática (Preucel 2006), las teorías del *engagement* (Renfrew 2004) o del *entanglement* (Hodder 2011) material, sin olvidar los desarrollos recientes de la arqueología conductual (Schiffer 1999; Skibo y Schiffer 2008). Estas líneas de trabajo han elaborado categorías fértiles para una investigación comparativa de la práctica (*materia-cultura-agencia*, valga la redundancia), que atraviesan la dicotomía infraestructura-superestructura o cualquiera de sus permutaciones, llevándonos a mirar las cosas de otra manera.

Conceptos como paisaje, memoria, indexicalidad, *performance characteristic*, cadena operativa, agencia y biografía de objetos, entre muchos otros, nos permiten comparar episodios bélicos en términos que verdaderamente ponen en foco a la materia (extensión, posición, durabilidad, forma, visibilidad, color, peso, cantidad, tamaño, textura, etc.) y su relación –instrumental y semiótica– con los sujetos. ¿Qué similitudes y contrastes se advierten? pero

⁷ Véanse las referencias ubicuas al trabajo de Marvin Harris en Ferguson (1990).

sobre todo ¿qué mecanismos causales podrían dar cuenta de ellos?⁸ No digo que estos temas sean nuevos o que no haya información al respecto en los estudios sobre la guerra conducidos bajo otros paradigmas; lo que creo es que el programa de la práctica brinda a este conocimiento un encuadre teórico más consistente y con mayores posibilidades para la investigación futura que el positivista. Valga de ejemplo la interesante propuesta de Arkush respecto a que “the defensive strength of fortifications in the Andes far outpaced the offensive capabilities of most Highland societies, entrenching these societies in cycles of raiding warfare.” (2011: 215) Si entiendo bien la idea, la relación entre la materialidad de los pukaras y las capacidades ofensivas de los pueblos de la época fue más decisiva para la continuidad de las hostilidades y el *statu quo* político en la región que las ambiciones materiales de los guerreros o sus líderes.

El problema de cómo se relacionan los “múltiples factores y actores que se entrelazan para dar forma a los acontecimientos”, en las palabras de Williams, los elementos “racionales” (como las murallas) e “irracionales” (como los ritos y códigos de combate) en las de Arkush, es de la mayor importancia. En términos realistas, se trata de cómo se articulan los diferentes estratos de la realidad (físicos, biológicos, geográficos, psicológicos, culturales, etc.) en fenómenos (como la guerra) que son siempre una “condensación” o “destilado” de distintas causas (Bhaskar 1977: 122). Como Williams, yo no buscaría respuestas “generales aplicables a cualquier tiempo y lugar”, pero permanecería abierto a descubrir estructuras y mecanismos causales operando a este nivel en formas más complejas, pero aún así universales. En este sentido, la observación de Arkush sobre las escalas temporales (etnográfica, histórica, arqueológica) y los desafíos que presentan para conciliar motivos y causas, es esclarecedora. Nos recuerda que –aunque todos involucren a la guerra– un episodio bélico concreto, la frecuencia de hostilidades en un período y los cambios en la frecuencia de conflictos armados en distintas etapas de la historia humana (p.ej., antes y después del sedentarismo) son fenómenos distintos –diferentes “destilados de causas”– por lo que requieren distintos tipos de explicación. Una visión similar subyace a la fecunda propuesta de Braudel (1980) sobre las temporalidades históricas.

La idea de considerar “la temporalidad del paisaje sobre la base de los procedimientos prácticos de producción” que Williams rescata de la teoría de la práctica tiene interesantes derivaciones para la arqueología de la guerra. Brinda, por ejemplo, una base firme para

⁸ Vale recordar en este punto la distinción realista entre causas y patrones de eventos, una de sus principales diferencias con el positivismo (Bhaskar 1977: 12). La comparación intercultural contribuye a verificar la teoría en la medida en que las estructuras y mecanismos generativos propuestos den cuenta de los fenómenos cotejados, sean éstos similares o diferentes. Los patrones o regularidades empíricas a que podemos arribar de este modo (p.ej., el uso del mismo tipo de armas y fortificaciones) son interesantes porque nos indican dónde buscar las causas (p.ej., en las relaciones entre las propiedades físicas, biológicas y cognitivas que ponen en juego), pero no son en sí mismos “universales” ni “leyes” en el sentido causal del realismo.

pensar cómo se coordinarían la hostilidad armada y los calendarios productivos. Para los Andes preinkaicos, por ejemplo, siempre hablamos de ataques sorpresivos y emboscadas, ya que la gran mayoría de los pukaras carecen de fuentes de agua permanente, por lo que sólo serían efectivos para proteger a sus habitantes de asaltos breves e inesperados, no para resistir sitios prolongados. Lo que no discutimos es cómo se conjugaría semejante estado de inseguridad con el trabajo agrícola y pastoril en lugares vulnerables y alejados del amparo de los conglomerados y reductos defensivos. Creo que aquí hay fundamentos para postular la existencia de convenciones que regularan la hostilidad, confinándola por ejemplo a ciertas épocas del año, probablemente la estación seca, ya que tratamos con agricultores. La aparente ingenuidad de Viltipoco –*hatun kuraka* de Omaguaca–, quien fue sorprendido por Argañarás en 1595 mientras levantaba su cosecha en Purmamarca, *en vísperas de* liderar una rebelión general contra el dominio español, delata un *habitus* formado en el respeto a este tipo de convenciones.

Otro aspecto necesario de la agencia es la facultad de elegir, por limitada que ésta sea, ya que en sentido estricto, el concepto se refiere a eventos en los que “the individual could, at any phase in a given sequence of conduct, have acted differently” (Giddens 1984: 9). La posibilidad de actuar de *alguna otra* forma (aunque obviamente, no de cualquiera) es el fundamento necesario de la imputabilidad (*accountability*) de los agentes (Kockelman 2007) y justifica la noción de que el futuro está abierto (Sayer 2000: 14), dos conceptos que –tratándose de algo tan grave como la guerra– tienen consecuencias de peso. Así se introduce, desde las propias estructuras de lo real, un factor de indeterminación en los procesos sociales, de allí su historicidad. Dicho de otro modo, aún cuando conociéramos acabadamente las lógicas que sirvieron de marco a la acción, sería imposible predecir el curso de los acontecimientos del mundo social, no sólo debido a las contingencias de la articulación entre diversos estratos causales (químicos, biológicos, culturales, etc.) interactuando en un mundo abierto (y sus consecuencias no anticipadas), sino porque, en última instancia, la indeterminación es una condición necesaria de la práctica.

Entonces, la explicación de la guerra –al igual que otros fenómenos propios de sistemas abiertos– sólo sería posible retrospectivamente, por referencia a la intervención de factores tanto generales como particulares, necesarios como contingentes. Los primeros comprenderían las estructuras y mecanismos (sociales o no) que confluyen en los episodios bélicos –como causas últimas– y los segundos a los avatares de su historia, la genealogía de las prácticas que convergen en tales coyunturas –como causas próximas–. Esto pone de relieve los vínculos de la arqueología con la historia, escasamente explorados por el programa positivista/procesual, más afín a la antropología neoevolucionista en sus aspiraciones nomotéticas. Así, la explicación arqueológica retrodice los procesos, mostrando en cada coyuntura particular (hoy cerrada) las diferentes estructuras y articulaciones entre mecanismos (incluyendo las elecciones de distintas clases de agentes) que operaron para generar necesariamente los acontecimientos.

Es paradigmática en este sentido la obra de Sahlins, uno de los pensadores más agudos al momento de construir puentes entre la antropología y la historia. Precisamente, en uno de sus trabajos recientes, encara una minuciosa comparación entre la Guerra del Peloponeso del siglo XX a.C. y la Guerra Polinesia acaecida en las Islas Fiji a mediados del siglo XIX d.C. Por esta vía pone a prueba y desarrolla conceptos teóricos substanciales, como el de "historia dialéctica", que alude a la importancia de analizar la historia de pueblos que compiten y se relacionan mediante contrastes sistemáticos en sus estructuras culturales (p.ej., Atenas-Esparta, Bau-Rewa) como un sistema de diferencias u oposiciones complementarias (Sahlins 2004: 8). Otra de sus interrogantes concierne a la cuestión crítica de si la agencia histórica es individual o colectiva. A partir del análisis histórico comparativo el autor propone una forma de superar este persistente problema teórico, señalando condiciones estructurales que llevan al empoderamiento de ciertos individuos como agentes históricos significativos, combinando así los condicionamientos estructurales con la facultad de decisión de las personas. Curiosamente, en ciertas coyunturas, el mismo principio puede poner el destino de pueblos enteros a merced de pocos individuos y sus idiosincrasias, como sucedió con los herederos del rey de Bau que, en plena guerra, conspiraban ambos para asesinar al otro. Las fuerzas sociales desatadas por la situación bélica –el "sistema"– intensificaron las ambiciones y el odio entre ellos, pero no pudieron determinar quién prevalecería. El triunfo de Ratu Cakobau prolongó el conflicto por 10 años, pero eventualmente dió al reino de Bau la supremacía sobre las Islas Fiji, posición que mantuvo hasta el siglo XX. Su conclusión merece ser citada *in extenso*:

Structure and contingency are thus mutually determining without being reducible the one to the other. The relations between the two kingdoms constituted the conditions of the events that in turn fatefully affected their respective historic fortunes. It is only because either outcome would have been structurally coherent –the end of the war had Ratu Raivalita succeeded, or its brutal continuation by Ratu Cakobau– that history, in retrospect, seems totally ordered by the cultural scheme. But cultural coherence and cultural continuity do not mean that historical outcomes are culturally prescribed. The dialogue of the collective and the individual, structure and event, category and practice indicates that the continuity of the cultural order is an altered state brought about by contingencies of human action. The claim is not that culture determines history, only that it organizes it. (Sahlins 2004: 11)

No quisiera concluir este diálogo sin hacer una salvedad a la idea de que, como científicos sociales, los arqueólogos buscamos un conocimiento interculturalmente válido. Coincido con Arkush en este punto, pero no podemos ignorar que también jugamos un papel importante como productores de memoria para colectividades que exceden largamente a la ciencia en sus miradas, necesidades y usos del pasado. Desde este punto de vista, creo que el conocimiento de la historia "de la guerra precolombina en los Andes del sur" es importante *"en sí mismo"* y no sólo como un paso metodológico necesario para la eventual discriminación de

los mecanismos generales intervinientes. Esta “cartografía de interminables variaciones particulares” nos resulta vital como personas porque nos referencia frente a otros singularmente distintos, porque sostiene nuestra identidad. Esto es especialmente cierto de la guerra que, como evento interculturalmente traumático (penoso o heroico), juega un papel destacado en la memoria colectiva. Como miembros de diversas comunidades (países, naciones aborígenes, religiones, linajes, etc.), nos importa a todos saber en qué forma nuestro pasado es único, en definitiva, porqué es digno de recordar.

Bibliografía

Arkush, E.

2011 *Hillforts of the Ancient Andes: Colla Warfare, Society and Landscape*. University Press of Florida, Gainesville.

Berenguer, J.

1998 La iconografía del poder en Tiwanaku y su rol en la integración de zonas de frontera. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 7:19-37.

Bhaskar, R.

1977 [1997] *A Realist Theory of Science*. Segunda edición. Verso, London.

Braudel, F.

1980 [1949] *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en Tiempos de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica, México.

David, N.

1992 Integrating ethnoarchaeology: a subtle realist perspective. *Journal of Anthropological Archaeology* 11:330-359.

Descola, P.

1996 Constructing natures: symbolic ecology and social practice. En *Nature and Society: Anthropological Perspectives*, editado por P. Descola y G. Pálsson, pp. 82-102. Routledge, London.

Ferguson, R. B.

1990 Explaining War. En *The Anthropology of Warfare*, editado por J. Haas, pp. 26-55. Cambridge University Press, Cambridge.

Fowler, C.

2004 *The Archaeology of Personhood: An Anthropological Approach*. Routledge, London.

Gibbon, G.

1989 *Explanation in Archaeology*. Basil Blackwell, Oxford.

Giddens, A.

1984 *The Constitution of Society: Outline of a Theory of Structuration*. University of California Press, Berkeley.

Gregory, D.

1986 Realism. En *Dictionary of Human Geography*, editado por R. J. Johnston, D. Gregory y D. M. Smith, pp. 387-390. Basil Blackwell, Oxford.

Hodder, I.

2011 Human-thing entanglement: towards an integrated archaeological perspective. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 17: 154-177.

Kockelman, P.

2007 Agency: the relation between meaning, power, and knowledge. *Current Anthropology* 48: 375-401.

Latour, B.

2005 *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford University Press, Oxford.

Miller, D. (ed.)

2005 *Materiality*. Duke University Press, Durham.

Miller, D. y C. Tilley

1996 Editorial. *Journal of Material Culture* 1: 5-14.

Nielsen, A. E.

2007 Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (1): 9-41.

Nielsen, A. E. y W. H. Walker

1999 Conquista ritual y dominación política en el Tawantinsuyu: El caso de Los Amarillos (Jujuy, Argentina). En *Sed non Satiata: La Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea*, editado por A. Zarankin y F. Acuto, pp. 153-169. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.

Preucel, R.

2006 *Archaeological Semiotics*. Blackwell, Oxford.

Renfrew, C.

2004 Towards a theory of material engagement. En *Rethinking Materiality. The Engagement of Mind with the Material World*, editado por E. DeMarrais, C. Gosden y C. Renfrew, pp. 23-31. McDonald Institute for Archaeological Research, Cambridge.

Sahlins, M.

2004 *Apologies to Thucydides: Understanding History as Culture and Vice Versa*. The Chicago University Press, Chicago.

Sayer, A.

2000 *Realism and Social Science*. Sage Publications, London.

Schiffer, M. B.

1999 *The Material Life of Human Beings: Artifacts, Behavior, and Communication*. Routledge, London.

Skibo, J. y M. B. Schiffer

2008 *People and Things: A Behavioral Approach to Material Things*. Springer, New York.

Viveiros de Castro, E.

1992 *From the Enemy's Point of View: Humanity and Divinity in an Amazonian Society*. The University of Chicago Press, Chicago.

Wylie, A.

2002 *Thinking from Things: Essays in the Philosophy of Archaeology*. University of California Press, Berkeley.

